

Palabras, imágenes y sonidos del desempleo de masas. Europa Central y Estados Unidos durante la Depresión

JOSÉ RAMÓN DÍEZ ESPINOSA
Universidad de Valladolid

Resumen

El autor propone un recorrido por el desempleo de masas, principal enfermedad social de la civilización occidental durante la Depresión de los años treinta. Encuestas e informes de la época, creaciones literarias, imágenes cinematográficas y canciones populares contribuyen a la representación del universo de privación material y degradación personal de amplios sectores de la población en Europa Central y Estados Unidos.

Summary. Abstract

The author provides a close look at mass unemployment, the most important social disease of western civilization during the Depression of the 1930s. Surveys and reports on the period, literary pieces, film clips and popular songs help to depict the world of material deprivation and personal degradation of large sections of the population of Central Europe and the United States.

Primeros días del verano de 1929. Tres hombres abandonan la ciudad de Wurzburg. Se trata de un gacetillero desdentado, un sastre cojo y un obrero con un ojo de cristal, tres entre tres millones de parados. ¿Su destino? ... ninguno. Saben que en Alemania falta trabajo y sobran desempleados. Estos tres hombres han decidido, simplemente, huir de la miseria de su tiempo. Con este dramatismo arranca Leonhard Frank su narración *Tres entre tres millones* (1932), testimonio excepcional del desempleo en Alemania.¹

Hartos de morir lentamente, hora tras hora, día tras día, en sus largas esperas ante las oficinas de empleo, los tres parados recorren el sur de Alemania sin otro capital que su libertad y su amistad. Pero pronto este bagaje resulta insuficiente. Llegan al barrio obrero de una pequeña ciudad. Ochenta casas, todas iguales. Llamen a la primera puerta y anuncian que tienen hambre. La mujer que les abre tampoco tiene nada en el armario porque su marido está también en el paro. Ochenta casas del barrio obrero de una pequeña ciudad, todas iguales. La falta de trabajo, de comida y de techo les obliga a idear todo tipo de soluciones: al principio, imaginan la invención de una nueva profesión (como no existe aún ese oficio, no hay todavía desempleados) o sueñan con diseñar una máquina de hacer climas; después, la necesidad les ahoga y deben empeñar la ropa, robar alimentos a los campesinos o sobrevivir como salvajes por la campiña; finalmente, los tres parados se enfrentan a la tesitura del suicidio o de la emigración. El gacetillero, el sastre y el obrero atra-

¹ L. Frank, *Von drei Millionen drei*. Fischer. Berlin, 1932.

viesan de nuevo Alemania y desde Hamburgo se dirigen a América del Sur en busca de fortuna.

Para estos tres vagabundos alemanes –para millones de trabajadores europeos– los años treinta representan la década del diablo. La irrupción y la marcha imparable del desempleo precipitan el descenso de amplias capas de la población a los infiernos. La Depresión modifica notablemente el rostro de la desocupación laboral: en primer lugar, el desempleo se presenta como un fenómeno masivo que golpea a millones de trabajadores, enfrentados súbitamente a la pérdida de su estatus, y que proyecta su alargada sombra sobre cuantos conservan el puesto de trabajo, temerosos de la fugacidad de su afortunada posición; en segundo lugar, el paro deja de ser percibido como una privación ocasional o estacional y se presenta como una carencia a largo plazo, casi permanente. En tales circunstancias, el desempleo se convierte en una nueva profesión.

El drama del paro ofrece además una dimensión universal. Ninguno de los estados industrializados sale indemne de los estragos de la “enfermedad social” de la civilización occidental de entreguerras. Pero, con ser grave el problema económico que implica la interrupción de los ingresos, el desempleo desencadena múltiples efectos sociales y psicológicos. Un complejo universo de privación material y de destrucción personal, de creciente marginación y de exclusión social envuelve el estereotipo social por excelencia de esta década del diablo. Los perfiles cotidianos del desempleo son bien conocidos: ejércitos de desocupados que aguardan infructuosamente la orden de contratación a las puertas de los centros fabriles o una oportunidad en las oficinas de empleo; largas colas de parados que se amontonan ante los comedores de beneficencia y los dispensarios de sopas populares; chabolas, colonias y otras formas urbanísticas degradadas que salpican el extrarradio de las metrópolis en las que se hacinan los desahuciados y los marginados sociales; marchas uniformes de hambrientos que confluyen en las principales arterias de las grandes ciudades para recordar a las autoridades su miserable existencia; columnas de vagabundos que huyen del pasado y sortean el presente entre albergues y parques públicos, etc. Aunque algunos suelten lastre y pongan fin a su infortunio abriendo la llave del gas o arrojándose a las vías del tren, por cada suicida aparecen de inmediato otros mil desocupados.

En 1933, en los peores momentos de la Depresión, las estadísticas internacionales contabilizan más de 30 millones de desempleados en el mundo: 13.8 millones en Estados Unidos, 15 millones en el conjunto de Europa, 6 millones en Alemania, 2.5 millones en Gran Bretaña, etc. La intensidad del desempleo de masas puede variar según los países pero no es aventurado afirmar que, en términos generales, uno de cada cuatro trabajadores industriales está en la calle (tasa de desempleo del 22 por ciento en Bélgica, 24 por ciento en Suecia, 25 por ciento en Gran Bretaña y Australia, 27 por ciento en Estados Unidos y Canadá, 29 por ciento en Austria, 30 por ciento en Alemania, 31 por ciento en Noruega, 32 por ciento en Dinamarca, etc.).

Las cifras de desempleo plantean, sin embargo, diversos problemas de valoración. En primer lugar, las estadísticas nacionales proceden de fuentes tan dispares que difícilmente son comparables: seguro obligatorio de desempleo (Alemania, Gran Bretaña, Irlanda), agencias de empleo (Finlandia, Suiza, Francia), organizaciones sindicales (Bélgica, Holanda, Noruega, Suecia, Francia), etc. Además, los sistemas de medición anteriores se fundamentan en un concepto específico de desempleado. Sólo se contabiliza como parado, según los requisitos establecidos en cada caso, el beneficiario de la prestación social, el inscrito en las oficinas de empleo o el trabajador sindicado; por el contrario, el componente rural del desempleo, el colectivo de jóvenes candidatos a un primer puesto de trabajo, los trabajadores a tiempo parcial o en paro encubierto, los parados no registrados en las oficinas de empleo, por no hablar de las personas dependientes del cabeza de familia desempleado, permanecen al margen de las estadísticas oficiales.

La distancia entre la estimación oficial y la envergadura real del desempleo fue particularmente resuelta por George Orwell en Wigan Pier, comunidad típica de los distritos industriales y mineros ingleses.² En esta localidad de 87.000 habitantes había 10.000 desempleados a principios de 1936, 12.000 en el verano. Pero el cálculo oficial es, a juicio de Orwell, extremadamente optimista porque excluye del recuento a los desempleados “invisibles” u “ocultos”, es decir, los obreros en paro que por razones diversas no están registrados, los dependientes del cabeza de familia desempleado y las personas que tienen trabajo pero que –al percibir un salario que no alcanza las necesidades vitales– es como si no lo tuvieran. George Orwell trata de corregir estas carencias y multiplica por tres el valor del desempleo oficial (10.000-12.000 parados) para cifrar el desempleo real (30.000-36.000 personas). En Wigan Pier –y en el resto de ciudades industriales de Inglaterra– al menos uno de cada tres habitantes (no uno de cada tres obreros registrados) estaría cobrando o viviendo del subsidio de desempleo.

En las páginas siguientes se ofrece al lector un recorrido por la realidad y la representación del desempleo de masas en dos áreas especialmente sensibles, Europa Central y Estados Unidos. En ambas, el desempleo de masas irrumpe espectacularmente pero la dimensión política de la crisis es dispar en cada una de ellas. Mientras en Europa central y oriental la crisis económica es un factor más en la quiebra de la legitimidad democrática, la convulsión en Estados Unidos altera el liderazgo político pero no pone en peligro la convivencia democrática³.

² G. Orwell, *The Road to Wigan Pier*. Victor Gollancz. London, 1937; *El camino de Wigan Pier*. Ed. Destino. Barcelona, 1976, p. 80.

³ Este trabajo es el primer fruto de un proyecto personal de investigación, *Modernización y crisis de la sociedad occidental de entreguerras*, financiado por la Junta de Castilla y León.

1. Palabras, imágenes y sonidos del desempleo de masas en Europa central y oriental

Por la singular dimensión política que reviste la crisis de la estructura productiva, *Alemania* se convierte en el escenario emblemático del desempleo europeo. Es cierto que la economía alemana se había caracterizado durante la prolongada posguerra y los años de aparente estabilidad por su manifiesta incapacidad para absorber la mano de obra; no obstante, las tensiones sobre el mercado laboral se agravaron desde 1929 de manera extraordinaria.⁴ El desempleo muestra una ascensión imparable entre los 32 millones de activos alemanes: 1.899.000 parados en 1929, 3.076.000 en 1930, 4.520.000 en 1931, 5.575.000 en 1932 y 4.804.000 en 1933. La caída de la producción industrial arrastra consigo al empleo; la tasa de paro crece a un ritmo constante: 9.2 por ciento en 1929, 15.2 por ciento en 1930, 23.3 por ciento en 1931 y 30.1 por ciento en 1932.

En un clima de miseria generalizada reclama la atención el especial deterioro de las condiciones de vida en Berlín. La capital alemana, pese a albergar un elevado número de funcionarios con empleo garantizado, cuenta con una proporción de obreros y empleados desocupados muy superior a la de otras ciudades: para una población activa de 2.2 millones, se registran 220.000 parados en enero de 1929, 350.000 en septiembre de 1930, 598.846 en julio de 1932 y hasta 650.000 a finales de 1932.⁵ A finales de 1933 aún una cuarta parte de la población laboral de la ciudad está registrada como desempleada. La metrópoli prusiana acoge el 7 por ciento de la población activa de Alemania y, sin embargo, concentra hasta el 10 por ciento del desempleo estatal.

El panorama es igualmente dramático en Hamburgo, la segunda ciudad más populosa de Alemania con 1.200.000 habitantes. En esta ciudad portuaria del Elba el declive de las actividades industriales y exportadoras –auténticos motores económicos que proporcionaban dos de cada tres puestos de trabajo– agudiza las tensiones del mercado laboral.⁶ Para una población activa de 586.407 alemanes (censo de 1925), la desocupación afecta de manera creciente a 50.162 personas en 1928, 60.483 en 1929, 94.343 en 1930, 139.803 en 1931 y 164.359 en 1932. En consecuencia, la tasa de desempleo se dispara espectacularmente, desde el 8.5 por ciento en 1928 al 23.8 en 1931, el 28 por ciento en 1932 e incluso el 30 por ciento en enero de 1933. Pero la parálisis del centro regional que representa Hamburgo incide, a su vez, en el área dependiente que componen las localidades de Altona, Harburg-Wilhelmsburg y Wandsbek. En la primera de estas poblaciones (240.000 habitantes

⁴ R. Evans & D. Geary (eds.), *The German Unemployed. Experiences and Consequences of Mass Unemployment from the Weimar Republic to the Third Reich*. Croom Helm, p. 84.

⁵ L. Richard (dir.), *Berlín, 1919-1933. Gigantismo, crisis social y vanguardia: la máxima encarnación de la modernidad*. Alianza Editorial. Madrid. 1993, pp. 227-228.

⁶ R. Evans & D. Geary (eds.), *The German Unemployed, op. cit.*, p. 285.

en 1933), el desempleo registrado ratifica la tendencia estatal, lo mismo en valores absolutos (de 10.649 desocupados en 1929 se pasa a 17.680 en 1930, 26.088 en 1931 y 31.295 en 1932) que en la tasa de desempleo (del 9 por ciento de 1929 hasta el 27.2 por ciento de 1932). La realidad y la amenaza del desempleo uniformiza a la heterogénea sociedad alemana.

El fenómeno del desempleo de masas difícilmente pudo escapar de la atenta mirada de los contemporáneos, ya fueran doloridos observadores nacionales o testigos foráneos de la crisis republicana. El universo del desempleado merece un lugar destacado en el imaginario colectivo de los alemanes, según refleja la siempre brillante y compleja producción cultural de los primeros años treinta a través de creaciones cinematográficas –*Vientres helados* (1932) de Slatan Dudow–, composiciones musicales –*La canción del sello* (1929) de D. Weber–, y, en especial, representaciones literarias: *Tres entre tres millones* (1932) de L. Frank, *Gilgi, una de nosotras* (1931) y *La muchacha de la seda artificial* (1932) de I. Keun, *Fabian, historia de un moralista* (1931) de E. Kästner, *¿Ahora qué, hombrecillo?* (1932) de H. Fallada, etc. Y ello sin olvidar las anotaciones y comentarios sobre la desocupación laboral debidos a viajeros como el francés D. Guérin (1932) o el británico C. Isherwood en sus historias berlinesas.

La creación cinematográfica proporciona un testimonio inestimable de la crítica realidad alemana. *Kuhle Wampe –Vientres helados–* (1932) del búlgaro Slatan Th. Dudow refleja los devastadores efectos del desempleo y la miseria en la familia proletaria de los Bönicke. Azotados por el desempleo de larga duración, desahuciados después por el impago de meses de alquiler, los Bönicke se trasladarán finalmente al campamento de desocupados y marginados de Kuhle Wampe, a orillas del lago Müggel.⁷

El primer acto de la obra, que se titula significativamente *Un parado menos*, captura en unos pocos minutos el drama cotidiano de un Berlín de miseria y patios traseros. Una espiral de titulares de prensa informa al espectador de la marcha imparable del desempleo de masas: 2.5 millones, 3 millones, 4 millones, 5 millones... En una plaza cualquiera de la capital, cientos de desempleados hojean las ofertas de trabajo que inserta el Lokal Anzeiger en su suplemento sobre el mercado laboral. De inmediato, un grupo de seis jóvenes ciclistas emprenden su recorrido diario por empresas y establecimientos fabriles en busca de una ocupación. Van y vienen por todos los distritos de Berlín. A cada negativa el pedaleo se hace más acelerado. Pero no importa. No hay trabajo en ninguna parte. Más vale arrojar al suelo la hoja de periódico. Mañana, vuelta a empezar.

El de los Bönicke es uno más de los 350.000 hogares de berlineses desocupados. Tras la cena, tan parca como la conversación de los comensales, nadie puede

⁷ S. Th. Dudow, *Kuhle Wampe oder Wem gehört die Welt* (1932). Deutschland. Praesens Film GmbH.

sospechar el trágico desenlace que se avecina. Bönicke padre –sin empleo en los últimos siete meses– baja a la cantina, la madre recoge los cacharros en la cocina, la hija se maquilla y sale con novio. El joven Franz se queda solo, petrificado, desesperanzado. Toma la decisión. Se acerca a la ventana. Cuidadosamente retira una maceta del alféizar. Luego se desprende de su reloj de pulsera y lo deja sobre la mesa. Son las seis de la tarde. Franz salta al vacío desde el cuarto piso. El cuerpo yace en la calle, la bicicleta pende inmóvil de la pared. No habrá más pedaladas en busca de trabajo. Mientras los curiosos rodean el cadáver del joven Bönicke, una vecina de rostro prematuramente envejecido sentencia: “un parados menos.”

Mientras Slatan Th. Dudow lleva a la pantalla el drama de un sistema capitalista que no deja a los trabajadores otras salidas que el suicidio o la huida hacia formas marginales de convivencia, Hanns Eisler y David Weber componen en 1929 los sonidos de la enfermedad social que se abate sobre Alemania. *La canción del sello* o del *desempleo* (*Stempellied*), inspirada en las omnipresentes colas de parados, denuncia la exclusión social del desempleado, la ausencia de cualquier esperanza de futuro y la extrema degradación humana de los sin trabajo:

La canción del desempleo (Stempellied).

H. Eisler & D. Weber (1929)

Ni un duro en el bolsillo, apenas una papeleta para sellar,
por las rendijas del barracón entra el sol:
Hombre, así estás en tu ambiente, absolutamente sin nada.
Cuando caiga tu cadáver nadie derramará lágrima alguna
Nadie te va a proporcionar ayuda cuando te ve así.
Sí, tu situación parece débil
¡Como mucho en el depósito de cadáveres te queda crédito!

Poniéndose en la cola para sellar,
no se remedia la miseria.
¿Quién, pobre hombre, se ha desecho de ti de esta manera?

Sin trabajo y sin alojamiento eres un cero a la izquierda;
como una mosca te quitan del cristal;
sin dinero eres impotente
y la burguesía dice "gracias" si te se acercas demasiado.
Rápidamente la sociedad tira a la gente a la basura;
¡si tienes hambre, cállate
si no, gritando te ponen una mordaza! ...

Así te quedas en los huesos
y en pocas semanas estás totalmente degradado.
Con el último marco te compras un par de estacas
porque para una sombra pequeña basta un ataúd pequeño.

No empujes porque llegarás a tiempo hasta los ángeles;
 "bendita racionalización"
 te cantan los líderes del sindicato acompañándote.

Por si acaso, también arriba
 ponte en la cola para sellar
 porque como hombre pobre quedarás postergado, también ahí arriba!

No obstante, es la producción literaria centroeuropea la manifestación que representa con mayor realismo la lacra del desempleo masivo. En forma de novela, diversos autores en lengua alemana analizan los temores y los miedos de la sociedad contemporánea a través de personajes pertenecientes a la clase media de cuellos blancos o empleados. Comerciales, publicistas, contables, mecanógrafas, artistas, periodistas, etc., componen un grupo socio-profesional emergente en el proceso de modernización y que ahora se cuenta entre las principales víctimas de la crisis (aproximadamente, 600.000 de los 4.000.000 cuellos blancos pierden su empleo entre 1929 y 1932).

Al oeste de Alemania, en la ciudad renana de Colonia, el referente de la Depresión se llama Gisela Kron, protagonista de la novela de Irmgard Keun *Gilgi, una de nosotras* (1931).⁸ Mecanógrafa en la empresa Reuter & Weber dedicada a géneros de punto al por mayor, Gisela siente cómo su vida se trunca a la edad de 21 años al sufrir tres duros golpes en el plazo de unas semanas: averigua que es hija adoptiva por el abandono de su madre natural –perteneciente a una familia local acomodada–, es despedida de la empresa en plena reducción de plantilla, y recibe la noticia de su futura maternidad en soledad.

Gisela Kron se convierte así en un parado más de cuantos acuden a la bolsa de trabajo para recibir el seguro de desempleo (apenas 13 marcos a la semana) y de cuantos buscan un nuevo puesto de trabajo. Es precisamente en la oficina de empleo de la Badstrasse donde Gilgi adquiere conciencia de la miseria y de la desilusión que se apodera de los desocupados. Allí, en la cola, acierta a distinguir hombres desesperados, hombros cansados, hombros indiferentes que aguardan delante de la ventanilla muchos, muchos minutos. Súbitamente, las ganas de vomitar se adueñan de su garganta al penetrar en su cuerpo el olor y las sensaciones de la sala: “desesperación susurrante, sonora como el llanto de un niño muerto de hambre, voluntad quebrantada, espera muerta, sin esperanzas, arrastrándose hoy, descansando en el ayer, sin fuerzas para el mañana, exclusión de la colectividad, marginación del círculo, como si todo empujara a una colectividad involuntaria. Conformismo, incapacidad para sublevarse contra uno mismo, rechazo de las propias responsabi-

⁸ I. Keun, *Gilgi - eine von uns: roman*. Universitas. Deutsche Verlag-Aktiengesellschaft. Berlin, 1931; *Gilgi, una de nosotras*. Ed. Grijalbo. Barcelona, 1982.

dades, desconfianza en la propia voluntad y capacidad, dejadez ante lo desconocido...". Gisela está entre ellos, cubierta de miseria y pobreza.

El desempleo deja morir lentamente el deseo y las ganas de vivir de buen número de alemanes. De la exclusión social a la muerte física sólo media una decisión. Así lo entiende Hans, amigo de Gilgi, quien decide poner fin a su vida, a la de su mujer Hertha y a la de sus dos hijos abriendo la llave del gas en la cocina del apartamento. Los muertos no tienen hambre. Gisela también lo sabe e imagina con todo detalle el salto al vacío que ponga fin a su miseria: un ruido imperceptible, un dolor apagado, un amasijo de carne y huesos. Pero su voluntad aún la mantiene viva. Gilgi quiere encontrar un trabajo a toda costa. Por la noche acude a la estación de trenes de Colonia y emprende viaje hacia el gran Berlín donde espera hallar una segunda oportunidad para ella y para su futuro hijo.

En Berlín, sin embargo, las perspectivas no son prometedoras. La ciudad presenta una tasa muy elevada de desempleo y concentra hasta el 10 por ciento de toda la desocupación nacional. Turistas, viajeros y berlineses coinciden en señalar el desempleo masivo como la nota dominante de la capital alemana en estos años.

Turistas y viajeros como Arthur Norris y William Bradshaw, personajes recreados por Christopher Isherwood en *Mr. Norris cambia de tren* (1935), una de sus más conocidas historias berlinesas. Compañeros de compartimiento en el expreso que les conduce desde Holanda hasta la estación del Zoo de Berlín, el exportador y aventurero Norris previene de inmediato a su joven acompañante Bradshaw del drástico empeoramiento de las condiciones de vida en la capital: "hay veces en que uno se siente culpable con tanto desempleo y miseria por todas partes. Las condiciones de Berlín son muy malas. Sí, muy malas... las cosas son complicadísimas hoy día." El propio William Bradshaw, improvisado profesor de inglés de jóvenes berlinesas, advertiría pronto la decadencia de la ciudad con sus cientos de miles de parados: "mañana tras mañana, anota el Bradshaw de Isherwood, en toda la ciudad inmensa, húmeda, triste, y en el enjambre de colonias de chozas, en las urbanizaciones de los suburbios, los jóvenes despertaban a un nuevo día ocioso y vacío que debían vivir como mejor supieran; vendiendo cordones de zapatos, mendigando, jugando a las damas en el vestíbulo de la bolsa de trabajo, merodeando por los urinarios, abriendo la puerta de automóviles, ayudando a cargar cajas en los mercados, chismorreando, ganduleando, robando, espigando informaciones sobre las carreras de caballos, compartiendo colillas recogidas en la cuneta, cantando folk-songs por ganar un groschen en los patios y entre estaciones en los vagones de metro..."⁹

Durante los meses de agosto y septiembre de 1932 otro viajero, el francés Daniel Guérin, recorre Alemania a pie, con la mochila al hombro. *Antes de la catástro-*

⁹ Ch. Isherwood, *Mr. Norris changes trains* (1935). *Mr. Norris cambia de tren*. Ed. Argos Vergara. Barcelona. 1984, pp. 18-19 y 105-106.

fe es el balance de su experiencia en la agónica república centroeuropea.¹⁰ Tres imágenes producto del desempleo y de la miseria de la época resumen su periplo por Alemania. Primera, la proliferación de bandas (Wild-Frei) de jóvenes parados que, sin tener derecho al socorro estatal o municipal, vagan por las carreteras: cansados de estar mano sobre mano en su barrio triste, de ser una carga para sus padres, salen en primavera y van dando tumbos hasta el final del otoño. Algunos deambulan así desde hace varios años, sin norte, viviendo de limosnas, pernoctando en los asilos o en los establos.” Segunda imagen, la resignación y politización que rodean las colas antes las oficinas de empleo y de cualquier barrio obrero berlinés. Salas amplias, limpias y ventiladas, donde se forman colas resignadas y mudas que trazan meandros: “a la salida los sin-trabajo se quedan el mayor tiempo posible en las aceras. ¿Para qué las prisas? Y se traban las conservaciones que enseguida adoptan el tono de una agria discusión política. Ya no es en la fábrica o en el taller donde los tres partidos (socialdemócrata, comunista y nacional-socialista) tienden sus redes, sino aquí. Pasquines y pequeños periódicos se distribuyen con profusión, a veces estalla una sangrienta pelea entre los rojos y los pardos.” Una tercera imagen corresponde a los campamentos de parados berlineses –del estilo del Kuhle Wampe immortalizado por Slatan Dudow– donde los desempleados tratan de utilizar de la mejor manera el periodo de ociosidad forzada. Aunque varias colonias de campistas han sido prohibidas, Kuhle Wampe aún resistirá unos meses más, poblada en su mayoría por los comunistas de Wedding, el barrio rojo de Berlín.

Berlín reclama la atención de turistas y viajeros, pero también de los nacionales. La capital alemana es durante los años veinte y treinta referencia obligada de quien busca promoción social o, simplemente, un puesto de trabajo. Nadie mejor que las heroínas literarias de Irmgard Keun para ilustrar la desafortunada existencia de la mujer alemana durante la Depresión: Gisela Kron buscaba en la metrópoli una segunda oportunidad para ella y para su futuro hijo; Doris, *La muchacha de seda artificial* (1932) –título de la siguiente novela de Keun–, cosechará en la capital un fracaso tras otro.¹¹ Mecnógrafa en el despacho de un abogado en una ciudad de tipo medio, Doris sufre el acoso sexual de su jefe y la posterior pérdida de su empleo. Para huir del presente nada mejor que un cambio radical de vida. Doris se traslada a Berlín y hace carrera como actriz del género de las varietés.

Tan pronto como se instala en la capital, la protagonista siente la omnipresencia del desempleo de masas. Un par de días después de su llegada, Doris anotaba: “estoy viviendo en la casa de Tille Scherer, en la Münzstrasse, cerca de la Alexanderplatz, donde no hay otra cosa que una cantidad terrible de parados, que van sin

¹⁰ D. Guérin. *Antes de la catástrofe*, serie de artículos publicados en el otoño de 1932 en diversas revistas ilustradas (*Vu, Regards, La Révolution Proletarienne*) y recopilados posteriormente en *La peste brune*. Librairie Francois Maspero, 1965; *La peste parda. Viaje por la Alemania nazi*. Ed. Fundamentos. Madrid, 1977.

¹¹ I. Keun, *Das kunstseidene Mädchen*. Universitat. Deutsche Verlag-Aktiengesellschaft. Berlin, 1932; *La muchacha de seda artificial*. Plaza & Janés Ed. Barcelona, 1965.

camisa.”; uno de sus primeros contactos en la ciudad, Rannawsky, es un antiguo maestro de taller que se queda sin trabajo y se transforma en chulo de putas; una de sus nuevas amigas –Juanita Weissbach– está buscando empleo y malvive con otro desempleado en una habitación del barrio de Friedenau, etc. Ni siquiera la mítica Kurfürstendamm es ajena a los efectos de la Depresión. Doris apenas encuentra más que trabajos temporales de camarera o cantante en locales de alterne. A la sombra del Kempinsky, del Romanische Café o de la Iglesia Conmemorativa irrumpe también la figura del desempleado: “he visto... un hombre con un anuncio colgado del cuello: “Haré cualquier trabajo”. Y la palabra “cualquier”, subrayada tres veces. Su boca tenía una expresión de maldad y las comisuras de sus labios se iban bajando más y más cada vez. Una mujer le dio diez céntimos, que tenían un color amarillo, y él echó a rodar la moneda por el adoquinado, que brillaba por los anuncios luminosos de los cines y los locales...” La suerte de Doris es la suerte de cientos de miles de berlineses. La promiscuidad la lleva de unos brazos a otros. Traicionada por su último compañero amoroso –Karl, otro desempleado que vive en una colonia de marginados–, Doris se plantea la alternativa del suicidio mientras pasa sus noches en la estación de trenes de la Friedrichstrasse.

Al igual que la cabaretera Doris, otros vagabundos alemanes también acudieron a Berlín en busca de su particular redención. Ha pasado año y medio desde que el gacetillero desdentado, el sastre cojo y el obrero con un ojo de cristal –protagonistas de *Tres entre tres millones*– salieran del puerto de Hamburgo para hacer las Américas. Pues bien, concluido su periplo por Argentina y Paraguay, los personajes de Leonhard Frank regresan a Berlín tan derrotados como antes de la marcha.¹² Pero ahora ya no son tres sino dos, tras la muerte del sastre cojo en América del Sur; ahora ya no están entre tres millones de desempleados sino entre “el ejército nada romántico de cinco millones de parados que arrastran su miserable existencia, sin esperanza alguna, por el invierno de 1930-1931.” Vagan tiritando por la Alexanderplatz, forman parte del lúgubre paisaje berlinés. En el ambiente reina aún un aire de posguerra; nadie lo nombra, nadie lo ve, pero la tristeza pesa en las espaldas de cada uno.

El gacetillero y el obrero anónimos se consideran víctimas del capitalismo y llegan a envidiar la suerte de las ratas berlineses, que en sus cloacas disponen al menos de cobijo y alimento, mientras ellos, por el contrario, pasan hambre, mendigan, roban en los mercados, cometen fraude en la percepción de la asistencia pública, luchan en las aceras por una plaza de improvisados guardacoches o presencian el suicidio de otros parados berlineses que desde los pasos elevados del tren se arrojan al vacío o a las aguas del Spree. Los dos parados llegan incluso a formar, en compañía de una joven descariada de Hamburgo, un trío musical que calamitosamente recorre la Mitte y las calles del barrio oeste de la ciudad. A mediados de mayo de 1931 deciden regresar a su Wurzburg natal con la esperanza de obtener un subsidio de asistencia de

¹² L. Frank, *Von drei Millionen drei*. Fischer. Berlin, 1932.

siete marcos semanales. Los dos vagabundos de la nada emprenden su último viaje sin zapatos, sumidos en la más absoluta miseria. Se cruzan por el camino con el patético desfile que ofrecen los seis millones de muertos vivientes que deambulan por Alemania. Uno tras otro, los lugares que encuentran a su paso repiten la misma imagen de chimeneas que no echan humo y de acerías silenciosas, de desempleados que se pudren y de jóvenes que crecen congelados y no encuentran más ocupación que reunirse al sol en la plaza local presidida irónicamente por un monumento votivo de la Gran Guerra. La posguerra no ha terminado.

La huida de Berlín y el regreso a la tierra natal es también la solución que Erich Kästner le reserva a Jakob Fabian, una víctima más de la Depresión y cuya quiebra profesional y personal describe en *Fabian. Historia de un moralista* (1931).¹³ Empleado de publicidad en una fábrica de tabacos de la capital, Fabian recibe inesperadamente la notificación del despido cuando la dirección emprende un reajuste presupuestario con la consiguiente reducción de la plantilla. Pero la pérdida de su puesto de trabajo no es la única desgracia que se abate sobre el publicista. En el plazo de unos meses, Fabian pierde también a su amigo íntimo Labude, que se suicida, y a su amante Cornelia, que le abandona por las promesas de un productor de cine.

Berlín, la ciudad interminable, le parecía ahora a Fabian una ciudad corrompida e insolidaria. Su peregrinaje por hasta cuatro agencias de empleo para lograr que le sellen su cartilla de parado denuncia la prepotencia de la burocracia pero también la callada resignación de los desempleados berlineses: “una larga fila de empleados de oficina parados, que presentaban, uno tras otro, su cartilla, para recibir su sello de control... estaban allí, con semblante serio y empeñados en mantener una postura digna, en fila y esperando a que se les permitiese volver a guardar su cartilla. Luego salían como si de una clínica dental se tratase. A veces el funcionario se enfadaba, apartando una de las cartillas. Un subalterno la llevaba a la habitación de al lado. Allí estaba, como en la sala del trono, un inspector que pedía cuentas a aquellos visitantes de la oficina de control que no acudían con regularidad exigida.” Fabian quiere trabajar, quiere hacer algo. Lo intenta todo en agencias de colocación, solicitudes por escrito, ofertas de trabajo de los periódicos, entrevistas personales, etc., pero en ninguna parte queda un puesto libre.

Hundido profesional y emocionalmente, Fabian decide cortar los lazos que le ataban a Berlín y en la estación de Anhalt emprende viaje de regreso al hogar paterno para trabajar en el pequeño negocio familiar. Sin embargo, el infortunio le persigue hasta el final y nada más llegar a su localidad natal Fabian parece ahogado en su intento de auxiliar a un muchacho en el río.

¹³ E. Kästner, *Fabian: die Geschichte eines Moralisten*. Deutsche Verlags-Anstalt. Berlin, 1931; *Fabian. Historia de un moralista*. Círculo de Lectores. Barcelona, 1988.

El recorrido por la literatura alemana del desempleo de masas merece concluir en *¿Y ahora qué, hombrecillo?* (1932), auténtica revelación literaria de Hans Fallada y una de las obras de mayor éxito entre la sociedad alemana de estos años, plenamente identificada con la suerte de la familia de Pinneberg.¹⁴ Durante la Depresión, Hans Pinneberg, empleado comercial en los almacenes Mändel de Berlín, pierde su puesto de trabajo como vendedor, pues no alcanza la cuota de venta que la dirección de los almacenes ha asignado a cada uno de sus empleados. Pinneberg se integra así en la legión de seis millones de parados que se arrastran hacia 1932 por las calles de la república alemana. Una fría mañana de octubre Pinneberg se adentra en el Pequeño Parque Zoológico, espacio entrañablemente unido a tiempos más felices. La imagen le resulta ahora deprimente pues desde tempranas horas cientos de desocupados berlineses ocupan los bancos del parque. Pinneberg tiene ante sí “grupos de gente con vestidos descoloridos y caras lívidas; son los sin trabajo, que esperan algo sin saber qué, pues, ¿quién espera hoy día encontrar trabajo? Pasean sin plan, sin objeto, ya que no pueden soportar la casa donde también todo es malo, todo es miseria... ¿A qué volver a casa, si automáticamente se llega a ella, sin quererlo y siempre demasiado pronto?” A ojos de Pinneberg, el Pequeño Parque Zoológico se ha transformado de repente en el hábitat de las “inofensivas, hambrientas, y hoy sin esperanzas, bestias del proletariado”.

La suerte del desempleado Pinneberg captura todos los matices del universo de degradación del cuello blanco alemán con la pérdida de todos aquellos símbolos materiales y psicológicos propios de la clase media. Tras meses de desocupación, Pinneberg debe desprenderse de los rasgos externos de su estatus y, en especial, de su cuello duro: “Pinneberg se para delante de una tienda de modas, que tiene un gran espejo que refleja toda su figura. Verdaderamente, no hace una buena impresión. Los pantalones de color gris claro presentan machas de alquitrán, el abrigo está raído y descolorido, los zapatos, en lastimosos estado... Sí, Puttbreese tiene razón, es estúpido llevar cuello duro con aquel traje. No es más que un miserable sin trabajo, circunstancia que la nota cualquiera a veinte pasos de distancia. Pinneberg coge el cuello, se lo quita y se lo mete, junto con la corbata, en el bolsillo del abrigo...”

Incapaz de encontrar una nueva ocupación y de alimentar a su esposa Emma Mörschel y a su recién nacido Horst, el desempleado Pinneberg se siente excluido de una sociedad de consumo en la que no puede participar: “tiendas en las que él no puede comprar nada; cines a los que no puede ir; cafés, para los que pueden pagar; museos para los bien vestidos; viviendas para los otros; disposiciones gubernativas que le amargan a uno la vida... No quizás habría hecho mejor quedándose en casa entregado a sus propias preocupaciones...”

¹⁴ H. Fallada, *Kleiner Mann – was nun?* Rowohlt. Berlin, 1932; *¿Y ahora qué?* Ed. Juventud. Barcelona, 1934.

Pinneberg, como tantos otros desempleados alemanes, abandona la ciudad y se recluye en una colonia de parados del extrarradio. Se opera en él un cambio en la concepción mental del tiempo y en la actitud hacia el futuro. La rabia y la voluntad de seguir adelante ceden su puesto a la pasividad, la indiferencia o la resignación. Su existencia gira en torno al viaje que realiza dos veces por semana a la Bolsa de Trabajo de Berlín para percibir los dieciocho marcos de subsidio. Toda su amargura se desvanece “al formar luego en la cola gris y monótona que adelanta lentamente hacia la Bolsa de Trabajo, tantas caras distintas, tanta indumentaria diferente, aunque en sus corazones, sin embargo, hay las mismas preocupaciones, la misma amargura... ¿A qué desesperarse? Si él es uno de tantos, uno de los seis millones que pasan lentamente por delante de la ventanilla de pagos, ¿por qué impacientarse? Todavía hay diez mil más a los cuales les va peor...”

En la vecina *Austria*, la diversidad de las estimaciones sobre el desempleo en los años treinta no resta intensidad al problema de la desocupación laboral. La contabilidad de las organizaciones sindicales ofrece la siguiente evolución del número de parados: 47.400 en 1929, 84.800 en 1930, 117.900 en 1931, 120.500 en 1932, 104.000 en 1933 (la tasa de desempleo evoluciona desde el 11.1. en 1929 hasta el 25.1 en 1933). Otras estadísticas, por el contrario, multiplican por cuatro las cifras anteriores (264.148 desempleados en febrero de 1929 y 401.321 en febrero de 1933).¹⁵ En estas circunstancias, Austria atesora el dudoso mérito de ser el país con la tasa de suicidios más elevada del continente y del mundo: 440 por millón de habitantes en 1932.

Uno de los austríacos que bien pudiera haber engrosado la lista de desempleados suicidas fue Karl Lakner, el antiguo maestro y ex combatiente mal adaptado a los cambios de la posguerra cuya trayectoria vital es trazada por Rudolf Brunngraber en el relato *Karl y el siglo XX* (1932).¹⁶ La obra, subtitulada de manera significativa la época del capitalismo industrial moderno, constituye un curioso recorrido por la compleja evolución económica y social del mundo occidental a través de planos superpuestos: primero, el mundo auspiciado por Frederick W. Taylor con la organización científica del trabajo, el moderno sistema industrial, la racionalización y la superproducción; segundo, el universo del vienés Karl Lakner, testigo de las transformaciones de su tiempo y víctima de las consecuencias sociales de la racionalización (desempleo masivo, incapacidad de consumo y autodestrucción).

Tras la Gran Guerra, Lakner debe enfrentarse a las miserias de la posguerra vienesa en forma de desnutrición de niños y adultos o de elevado desempleo. Tras un azaroso periplo por el norte de la Europa báltica, Karl regresa de nuevo a la capital austríaca donde encuentra un trabajo temporal como contable en la empresa de transportes Lehner & Co. Pero este vienés –nacido en el hospicio de Hernal– pare-

¹⁵ M. Perry, *Bread and Work. Social Policy and the Experience of Unemployment, 1918-39*. Pluto Press. London, 2000, p. 206.

¹⁶ R. Brunngraber, *Karl und das zwanzigste Jahrhundert*. Sozietätsverlag. Frankfurt/Main, 1932.

ce condenado al hambre. Sus ingresos mensuales (140 chelines netos) apenas representan un tercio del mínimo vital recomendado por las estadísticas oficiales. La fortuna le vuelve la espalda definitivamente cuando los vientos de la racionalización –los procesos ahorradores de mano de obra– se transforman en tempestad a impulsos de la Depresión.

Karl Lakner es una víctima del caótico mundo del siglo veinte, “un mundo de superproducción y de marchas de hambre”, “un mundo con el sistema económico más presuntuoso de todos los tiempos y abocado a una confusión sin precedentes.” La reducción de plantilla de la agencia de transportes arroja al contable Lakner al desempleo. Él es uno más de los parados que recorren las calles de Austria (265.000 desempleados en diciembre de 1929, 308.000 en enero de 1930) y de Viena (82.000, 110.000 y 115.000, respectivamente).

El despido le sitúa ante la alternativa de transformarse en un superhombre o de hundirse en el arroyo. Con 16 chelines semanales del seguro de desempleo por capital, Karl Lakner decide vencer todos los obstáculos y hallar empleo en cualquiera de las 132.808 empresas –de ellas 53.353, comerciales– que tienen su sede en Viena. Primero recorre en un solo día tres docenas de establecimientos (construcción aeronáutica, aspiradores, motores a gas, artículos de plata, aislantes de cables, tejidos de protección de amianto, etc.), pero nadie quiere hablarle de empleo. Después, Lakner acude a los periódicos para anunciar el elenco de sus cualidades – “hombre de treinta años, sano, independiente, con capacidad técnica y artística, ex oficial de aviación, perfecto conocedor de la lengua sueca, italiana y rusa, viajero por toda Europa, con cultura comercial, adiestrado en casi todos los deportes,”– y solicitar una ocupación como “secretario, acompañante de viaje, administrador o similar.”

Todo es inútil. El desempleado lleva una vida de asceta durante el catastrófico invierno de 1930-1931. Agotados los plazos de las diversas modalidades de asistencia social, las autoridades desestiman finalmente el subsidio de “indigencia absoluta”. Karl Lakner se aproxima a la perdición. No encuentra razón alguna para prolongar su miserable y agónica existencia. El 23 de febrero se suicida arrojándose a las vías de un tren de cercanías. Pero su destino es presentado por Rudolf Brunngraber como ejemplar de los 318.066 desempleados austríacos registrados en febrero de 1931. Karl Lakner se ha convertido en una víctima de las circunstancias, una víctima del capitalismo.

La suerte de Karl Lakner no fue distinta de la de cientos de trabajadores de carne y hueso que operaban en la industria textil de la ciudad de Marienthal (a treinta kilómetros de Viena). La tradición industrial de esta localidad de 1500 habitantes se interrumpe en 1930 con el cierre de la fábrica local y con la consiguiente condena al desempleo de gran parte de la población. A esta singular área deprimida se dirigen por encargo del partido socialdemócrata austríaco los sociólogos Paul L. Lazarsfeld, Marie Jahoda y Hans Zeisel. *Los parados de Marienthal. Sociografía de*

una comunidad golpeada por el desempleo (1932) es el resultado de un exhaustivo trabajo de campo efectuado entre el otoño de 1931 y mayo de 1932 y basado en materiales muy diversos (fichas individuales, biografías de los parados, horarios y estructuras temporales, redacciones infantiles en la escuela, inventario de comidas, datos estadísticos y demográficos, presupuestos domésticos, etc.).¹⁷

Los cuadernos de trabajo incluyen biografías como la de F.W., un parado de 34 años que está completamente desesperado: “Nació en 1897 en Marienthal... Se casó en 1922. Su mujer proviene de Ebenfurth, y es un año mayor que él. Tienen dos hijos, uno de dos y otro de siete años. Todo el mundo está en su casa infraalimentado... Durante el primer año de paro escribió ciento treinta solicitudes de empleo sin obtener respuesta alguna. No ha conseguido ganar ningún dinero al margen del subsidio de paro. En la actualidad se encuentra totalmente desesperado. Le gustaría vivir de su propio trabajo. Su mujer, que nunca ha trabajado, se encuentra en un estado lamentable, sobre todo de los nervios. Siempre está enferma y malhumorada. El ya no espera nada, vive completamente al día y sin saber para qué. Su resistencia se ha agotado. Le gustaría irse a Viena aunque sólo fuese por los niños, para que pudieran aprender cualquier cosa, pero ahora esto no es posible...”

La fábrica de Marienthal había sido el motor económica de la localidad desde el siglo XIX, ahora su cierre transforma esta pequeña ciudad obrera en cementerio de ilusiones, en una localidad sumida en la monotonía y la inmovilidad. De las 478 familias que residen en Marienthal, hasta 367 dependen del seguro de desempleo, apenas 93 cuentan con algún miembro activo y sólo 18 familias perciben pensión de jubilación o de otro tipo. Tres de cada cuatro familias vive en Marienthal de la prestación temporal de desempleo. En tales circunstancias, la desocupación masiva provoca transformaciones importantes en la existencia cotidiana de sus habitantes. Del Marienthal feliz de los años veinte al Marienthal deprimido de la década de los treinta. Antes, reconoce la Sra. P., “la vida era estupenda en Marienthal, incluso la fábrica era una distracción. En el verano íbamos a pasear y nos divertíamos... en la actualidad ya no me apetece salir.” “En otros tiempos, declara la Sra. S., los niños siempre recibían regalos, vestidos, juguetes. Todo lo que querían lo tenían.” Ahora, reconoce un niño cualquiera, “me hubiese gustado un álbum para pegar cromos, pero no me lo han regalado porque mis padres están en paro.”

En Hungría el número de parados se multiplica por cuatro durante los años de la Depresión, según los registros de las oficinas de empleo. Los 15.200 húngaros desocupados en 1929 se han convertido en 43.600 en 1930, 52.300 en 1931 y en 60.610 en 1933, manteniéndose un promedio de 50.000 parados en el resto de los años treinta. Budapest alberga una buena parte de los efectivos desempleados. En la capital transcurre la rutinaria existencia de Andor Kelemen, empleado de la empre-

¹⁷ P. F. Lazarsfeld – M. Jahoda – H. Zeisel, *Die Arbeitslosen von Marienthal. Ein soziografischer Versuch über die Wirkungen langdauernder Arbeitslosigkeit*. Leipzig, 1932; *Los parados de Marienthal: sociografía de una comunidad golpeada por el desempleo*. La Piqueta, Madrid, 1996.

sa de transportes Transcontinental, recreada por el escritor Ferenc Kőröndi en su novela *Aventura en Budapest* (1932).¹⁸

La crisis económica transforma radicalmente la rutinaria vida laboral y social de este oficinista. Andor Kelemen sufre primero la reducción del salario y después la pérdida de su puesto de trabajo: “me han echado de la Transcont, soy la víctima de los tiempos”. Abatido, sin otra cosa que hacer para matar el tiempo que vagar por las calles de la capital húngara, Keleman se detiene ante el escaparate de una perfumería de la avenida Andrassy. Contempla allí –entre frascos de perfume, esponjas y anuncios de hojas de afeitar–, una torre Eiffel de cartón, pintada de azul brillante, y, tras la torre, una vista de París. El desempleado huye con imaginación del Budapest de los malos tiempos: “Es bonito el anuncio. Sería necesario ir a París. Allí puede uno hacerse valer. No hay desocupados, hay empleos suficientes.” Pero Keleman no tendrá que emigrar al extranjero. Gracias a la gestión de algunos familiares, acude a sendas entrevistas de trabajo para el puesto de agente comercial en una fábrica de muebles y en una industria textil. Andor Keleman ve ante sí la oportunidad que tanto tiempo llevaba esperando: “Corredor de muebles o de tejidos. Principiante, es verdad, pero hábil, inteligente, de buena presencia. Mi sector es Budapest, y sus contornos, y todo el país, todo mundo. Cubriré de gloria a la industria húngara... ¿Por qué no habría de tener éxito? ¿Por qué no voy a saber vender tal o cual cosa? ¿Por qué no voy a saber ganar dinero? ¿Por qué no voy a saber labrarme una pequeña fortuna? Viajante... Es una ocupación seria y difícil. En América, un viajante está considerado como un gran señor. Salesman. Agente de tipo americano, de tipo moderno. Vive de lo que gana, no se deja mantener por otros...” Para desgracia de la industria húngara, mientras Andor Keleman sopesa cuál de las dos ocupaciones puede resultarle más conveniente sufre un ataque al corazón y muere en el malecón de Budapest.

También es en la capital húngara donde tiene su origen una de las obras musicales más emblemáticas de la década, *Szomorú vasárnap* (*Sombrío domingo*), compuesta en 1932 por Reszõ Seress con texto de László Jávör. Mencionada por diversos suicidas en sus notas de despedidas del mundo, la composición adquiere una rápida difusión por Europa y Estados Unidos y es conocida popularmente como *La canción del suicida*. Las múltiples variaciones introducidas en la versión occidental del texto húngaro original no han restado un ápice de dramatismo y melancolía al himno de tristeza y de soledad del hombre contemporáneo:

¹⁸ F. Kőröndi, *A Budapesti kaland*. Pantheon R.T., Budapest, 1932; *Aventura en Budapest*. Lara. Barcelona, 1945.

Szomorú vasárnap (Sombrío domingo).

R. Seress & L. Jávör (1932)

Un sombrío domingo, con los brazos llenos de flores,
 he entrado en nuestra habitación con el corazón cansado,
 pues sabía que tú no regresarías.
 He entonado palabras de amor y de dolor.
 He permanecido solo y he llorado en silencio,
 oyendo aullar la queja de la escarcha.
 Un sombrío domingo.

Moriré un domingo, después de haber sufrido demasiado.
 Entonces volverás, pero yo ya habré partido.
 Arderán cirios para ti como una ardiente esperanza, sin esfuerzo;
 Mis ojos estarán abiertos. No tengas miedo, amor mío, si no pueden verte.
 Te dirán que te quería más que a mi vida.
 Un sombrío domingo.

2. Palabras, imágenes y sonidos del desempleo de masas en Estados Unidos

El viaje por la realidad y la representación del desempleo masivo conduce a la otra orilla del Atlántico, a Estados Unidos, la tierra de promisión del siglo veinte. La confianza de la sociedad estadounidense en el modelo económico desata la euforia y las autoridades no dudan en la inminente victoria sobre el paro y la pobreza: “El paro, con su corolario de angustia, está en gran parte a punto de desaparecer... Una de las más antiguas y quizás de las más nobles aspiraciones humanas ha sido la abolición de la pobreza. Por pobreza yo entiendo la opresión a la que se ven sometidos los que quieren trabajar pero padecen infraalimentación, frío, ignorancia y miedo a envejecer. En América hoy estamos más cerca del triunfo final sobre la pobreza de lo que lo haya estado ningún otro país en la historia. El asilo para los pobres va a desaparecer aquí. No hemos alcanzado todavía la meta pero si se nos da la oportunidad de proseguir la política desarrollada durante estos ocho últimos años, pronto, con la ayuda de Dios, estaremos en condiciones de ver el día en que la pobreza será desterrada de esta nación. No hay mejor garantía contra la pobreza que dar un empleo a cada cual...”¹⁹ Durante el verano de 1928 Herbert Hoover presagiaba en estos términos la consumación del sueño americano ante las 60.000 personas que llenaban el estadio de Stanford y ante los millones de estadounidenses que siguieron por radio el discurso de aceptación de su nominación para las elecciones presidenciales.

¹⁹ H. Hoover. 11 de agosto de 1928. Cit. J. Heffer, *La Grande Depression. Les États Unis en crise (1929-1933)*. Gallimard-Julien. Paris. 1991, pp. 17-18; *La gran depresión*. Narcea. S.A. Ediciones. Madrid. 1982, pp. 15-16.

Por estas mismas fechas Johnny Sims, uno de los siete millones de habitantes de Nueva York, comparte con el presidente Hoover la fe ciega en el futuro de Estados Unidos. Empleado número 137 de una gran compañía y elevado a la categoría de símbolo social por King Vidor en *The Crowd* (1928), Sims está convencido de su singularidad entre la multitud que se apresura por la ciudad de los rascacielos.²⁰ Tarde o temprano, abandonará su vulgar condición de cuello blanco para convertirse en uno de los hombres más importantes de su tiempo. Tanta es la seguridad que muestra en sus cualidades que reniega públicamente de la mediocre existencia de sus conciudadanos e incluso ridiculiza a los bienintencionados hombres-anuncio que deambulan por las calles de Nueva York.

Pocos meses después, la Depresión desvanece el sueño norteamericano y precipita el encuentro de la civilización americana con el universo del desempleo y la miseria. La Administración demócrata de Roosevelt –sustituto de Hoover en la presidencia– emprenderá un ambicioso proyecto de reconstrucción nacional y de lucha contra el desempleo y la pobreza de masas. Por su parte, Johnny Sims hará cola ante las oficinas de empleo, competirá por trabajos antes despreciados y soñará con recorrer la Quinta Avenida convertido en hombre-anuncio.

A falta de un sistema de protección social, las diversas estimaciones sitúan el desempleo en la industria y los servicios en proporciones catastróficas: 1.500.000 personas en 1929, entre 3.200.000 y 4.000.000 en marzo de 1930, entre 7.500.000 y 8.000.000 en marzo de 1931, entre 11.200.000 y 12.500.000 en marzo de 1932, hasta alcanzar el máximo histórico de 14.500.000 en marzo de 1933. Si en la década 1919-1929 el desempleo había afectado al 4 por ciento de la población, en la década del diablo golpea al 18 por ciento. Pese a la disparidad de las cifras manejadas para el momento culminante de la Depresión, no parece exagerado afirmar que en apenas cuatro años más de trece millones de estadounidenses pierden su puesto de trabajo, que la tasa de desempleo asciende espectacularmente hasta golpear a la cuarta parte de la población activa (3.2 por ciento en 1929, 8.7 en 1930, 15.9 en 1931, 23.6 en 1932 y 24.9 en 1933), y que el número de personas indirectamente afectadas se aproximaba a un tercio de los habitantes de Estados Unidos.²¹

En los años veinte la *Main Street* de la imaginaria Gopher Prairie fue elegida por Sinclair Lewis para describir los símbolos de la civilización norteamericana. Su Calle Mayor era la continuación de las Calles Mayores de todas las ciudades de Estados Unidos. Ahora, en los primeros años treinta, *Nueva York* compendia la convulsión social y económica. Aun cuando el protagonismo de las industrias de bienes de consumo en la metrópoli mitiga en parte los efectos de la recesión, la cosmopolita Nueva York debe añadir a su galería de estereotipos sociales el forjado por los 750.000 ciudadanos que dependen de la ayuda municipal y por los 160.000

²⁰ K. Vidor, *The Crowd* (1928). USA. B/N. 104 m.

²¹ J. Kocka, *White Collar Workers in America 1890-1940. A Social-Political History in International Perspective*. SAGE Publications. London & Beverly Hills, 1980, p. 194.

más que están en la lista de espera. Los miedos y los temores de Nueva York son la continuación de todos los miedos y los temores de las ciudades de Estados Unidos. Sus puestos callejeros de venta de manzanas se difunden por el resto de enclaves industriales. Sus colas de desempleados y mendigos que buscan trabajo en los mercados de esclavos y comida ante los establecimientos benéficos se hacen interminables hasta alcanzar la costa del Pacífico.

Nueva York es ciudad pionera en la pintoresca práctica de la venta callejera de manzanas como recurso y ayuda de los desempleados. Aquí, como de inmediato en otras localidades, las comisiones municipales regulan la adquisición de las manzanas directamente a los granjeros del estado al precio de 5 centavos la unidad y restringen la concesión de licencias para aquellos desempleados que reúnan determinadas condiciones personales (veteranos y parados con familia) y cierto plazo de residencia en la ciudad (no inferior al año); a partir de aquí, las autoridades asignan a cada desempleado-vendedor una ubicación específica e itinerante en las calles. (Prueba del éxito de la iniciativa es que en la ciudad de Detroit se vendieron cerca de 11.000 manzanas el primer día de tan singular experiencia, el 24 de noviembre de 1930).

Nada más desembarcar en *La ciudad automática* (1932), el reportero Julio Camba dedica su primera crónica a esos hombres bien vestidos que se colocan en cada esquina con un cajón de fruta sobre la acera y con un cartelón en que puede leerse *Unemployed: Buy apples* (Desempleados: comprad manzanas). El viajero español pronto comprende la razón de tan llamativa escena: “Quien debe adquirir las manzanas es el público en general, y los que las venden justifican el precio de venta por el hecho de haberse quedado sin trabajo. La venta de manzanas constituye hoy, por tanto, en Nueva York, una forma encubierta de mendicidad y equivale a tocar el violín, decir la buenaventura, ofrecer una flor, mostrar un niño encanijado, cantar una romanza, exhibir una úlcera, etc., etc. Todo el mundo compra manzanas; unos por caridad, otros por patriotismo, muchos por prescripción facultativa, y hasta hay algunos que las compran porque realmente son aficionados a ellas...”²²

Sólo unos pocos obtienen la licencia municipal. Pero no son los únicos desempleados que reclaman la atención del observador. Otro viajero europeo, Egon Erwin Kisch, había reparado meses atrás en la aglomeración de los sin trabajo en los llamados mercados de esclavos de Nueva York. A juicio del reportero alemán, del *Paraíso norteamericano* (1930) había sido desterrado el ejército de reserva industrial que integran los obreros que no tienen trabajo y lo buscan. Nada mejor que pasear por los “mercado de esclavos” de la ciudad. La confluencia de la Séptima Avenida con las calles 36, 37 y 38 es el escenario elegido por el mercado de los “dressmaker”. Kisch observa entonces a “viejos sastres de Galitzia y de la Bukovina, de Besarabia y de Ucrania, de los talleres de Minsk, Kiev, Kisschenev, Wilna y Whitechapel, que atravesaron el mar hace cuarenta años esperando, soñando y re-

²² J. Camba, *La ciudad automática*. Espasa-Calpe. Madrid, 1932, pp. 11-12.

zando y ahora hacen guardia aquí, en las esquinas, esperando, soñando y rezando, para encontrar quien les proporcione trabajo para una semana o, por lo menos, para un día, o, por lo menos, para unas horas.” Pero no son los únicos expulsados del Edén porque varias manzanas más allá, en las calles 27, 28 y 29, oficiales y ayudantes peleteros, viejos y jóvenes, esperan hora tras hora lo que pueda proporcionarles la Bolsa de Trabajo.²³

Uno de los miles de desempleados que vagan arriba y abajo por las calles de la metrópoli es Fritz Globig, el inmigrante berlinés recreado por la reportera alemana María Leitner en *Hotel América* (1930). Tras perder su empleo de tornero por sus dotes de organizador y agitador laboral, Fritz Globig recorre día tras día la Sexta Avenida, hipnotizado por la serie interminable de pequeñas papeletas blancas que exhiben las agencias de colocación (“Se busca cocinero”, “Se busca lavaplatos”, “Se busca portero”, “Se busca criado”). Desengañado de reclamos que esconden anticipos dinerarios de los sin trabajo, Fritz Globig se recluye en el universo de miseria que representa la Bowery de Nueva York.

Aquí, en la calle más fantástica del mundo, la existencia cotidiana de este desempleado encuentra sus estrictos límites en la cola que se forma “para recoger una sopa de aspecto sospechoso, que sirven en una marmita acompañada de oraciones y pláticas”, en los asilos nocturnos de las iglesias “donde se duerme sobre periódicos y donde uno es objeto de la admiración de los curiosos que llegan en autos de turismo y pagan una cuota de entrada en provecho de la iglesia” y en las oficinas de colocación conocidas por el nombre de mercados de esclavos pues “sólo facilitan empleos para fuera: desde allí marchan transportes a regiones despobladas, para abrir caminos, o una mina primitiva, donde faltan todas las seguridades para la vida de los obreros. Y todavía peor es cuando se organizan columnas de esquirols sin que los interesados lo sospechen”. Fritz Globig se propone huir de las oficinas de colocación donde el “sí” le convierte en un esclavo y acude a una entrevista con el “time-keeper” del prestigioso Hotel América. Aceptará cualquier puesto que le arranque de la miseria.²⁴

El sentimiento que embarga a Fritz Globig y a los muertos en vida que recorren la Bowery de Nueva York encuentra muy pronto merecido eco en el papel pautado. Pocos días después del estreno en octubre de 1932 de la revista musical *Americana* en Broadway, Bing Crosby graba en un estudio de la ciudad la canción *Brother, can you spare a dime?* Cada acorde traslada al oyente de la Norteamérica próspera a la Norteamérica deprimida, de la Norteamérica del trabajo duro pero fácil de obtener a la Norteamérica de la desocupación masiva y de las colas de pan, de la Norteamérica de ciudadanos confiados y orgullosos a la Norteamérica de los

²³ E. E. Kisch, *Paradies Amerika*. E. Reiss Verlag. Berlin, 1930; *El paraíso norteamericano*. Ed. Cenit. Madrid, 1931.

²⁴ M. Leitner. *Hotel Amerika* (1930); *Hotel América*. Ed. Cenit. Madrid. 1931.

marginados. Semejantes contrastes transformarían la composición de E.Y. Harburg y J. Gorney en el sonido por excelencia de los años de Depresión:

Brother, can you spare a dime? (Hermano, ¿puedes darme diez centavos?)
E.Y. Harburg y J. Gorney (1932)

Antaño construí una vía férrea y la hice funcionar,
La hice luchar en rapidez con el tiempo.
Antaño construí una vía férrea, ahora se acabó.
Hermano, ¿puedes darme diez centavos?
Antaño construí una torre, hacia el sol,
Ladrillo, remaches y cal;
Antaño construí una torre, ahora se acabó;
Hermano, ¿puedes darme diez centavos?

Antaño, con uniforme caqui, ¡hey!, teníamos un aspecto estupendo
Llenos de Yankee Doodle-de-dum.
Medio millón de botas atravesaron a paso rítmico el infierno,
Yo era el chico del tambor.
Dime, ¿no te acuerdas?, me llamaban Al,
Siempre Al,
Dime, ¿no te acuerdas?
¡Soy tu compañero! Hermano, ¿puedes darme diez centavos?

Me decían que construyera un sueño,
Y así fue como me sumé a la multitud
Cuando había que trabajar el suelo o llevar el fusil,
Yo estaba siempre allí, siempre donde había que dar el callo
Me decían que construyera un sueño
Con la paz y la gloria ante mí.
¿Por qué tengo que hacer cola para conseguir pan?

Así pues, pocos parecen satisfechos con su suerte en la ciudad de Nueva York. Entre los desempleados, quien no busca trabajo en los mercados de esclavos recurre a la venta callejera de manzanas. En cualquier caso, la reducción de ingresos pone en peligro el “pan nuestro de cada día”, el pago del alquiler y precipita, en muchos casos, el desahucio familiar. Así les sucede a John y Mary Sims en *Our daily bread* (1934) de King Vidor, secuela de la ya referida *The crowd*.²⁵ Mientras John Sims busca trabajo, Mary recibe la siempre molesta visita del señor Crum, el cobrador del alquiler, quien le comunica la amenaza de desahucio: si en dos días no reúnen el dinero que adeudan al propietario Sr. Godske, deben preparar las maletas. De regreso al hogar, John Sims recita la misma cantinela de cada noche: “como de costum-

²⁵ K. Vidor, *Our Daily Bread* (1934). USA. B/N. 80 m.

bre, cien tíos para un empleo... tres horas en la cola para un miserable empleo.” Tiene dos días de plazo para lograr un empleo, pero antes debe encontrar algo para cenar. Sims recurre, una vez más, al trueque con el tendero; en esta ocasión, un ukelele a cambio de un esqueleto de pollo. Esa misma noche consiguen del adinerado tío Anthony la oportunidad de cambiar la gran ciudad por el control de una finca abandonada en la ciudad de Arcadia.

La amenaza de desahucio se cierne también sobre los que aún conservan el empleo. La degradación de las condiciones de vida procede, en este caso, de la reducción de los salarios o del paro parcial que representa la disminución de la jornada laboral (el número de horas de trabajo anual del estadounidense desciende un 21 por ciento entre 1929 y 1939). En estas condiciones, algunos emulan al matrimonio Sims y emprenden el viaje de “retorno a la tierra”. Otros empobrecidos, por el contrario, resisten y están dispuestos a ir a la huelga –aun a costa de perder el empleo en tiempos de crisis– como medio de presión para la mejora de las condiciones laborales. Tal es la respuesta planteada por algunos personajes de *Waiting for Lefty* (1935) de Clifford Odets, obra de teatro estrenada el 5 de enero de 1935 en el Old Civic Repertory Theater de la calle 14 de Nueva York.

En el primero de los siete episodios que componen la pieza teatral, el dramaturgo Odets –afiliado al Partido Comunista– traslada al espectador a la miserable existencia material y humana del taxista Joe y de su esposa Edna. Un día cualquiera, tras cinco horas de conducir el taxi por las calles de la ciudad sin haber recogido pasajero alguno, un abatido Joe regresa a casa. Algo ha cambiado en su modesto hogar: los muebles han desaparecido. Edna –mujer ajada a sus treinta años– le recrimina que sólo hubieran pagado las tres cuartas partes de las cuotas de los muebles. Incumplimiento de contrato. En el hogar del taxista falta mobiliario y sobra hambre. Joe apenas ha tomado un café con leche en toda la jornada y se siente desfallecer; Emmy y Betty –las dos hijas del matrimonio– parecen fantasmas, crecen raquíticas y desnutridas, se resfrían continuamente, sufren tifus exantemático; Edna debe acostarlas enseguida para que no se den cuenta de que no hay nada para cenar. Las chiquillas rubias necesitan comida, ropa, zapatos, etc. Por no mencionar que al día siguiente se cumplirá el segundo mes de alquiler impagado...

Joe se considera un fracasado. Años atrás soñaba con poseer un chalecito junto al arroyo, ahora debía reconocer que “buscaría otro trabajo si pudiera, pero es que no hay trabajo... ¿Qué puedo hacer yo si la época es mala? ¿Qué diablos quieres que haga? ¿Qué me tire al río?” No será la última vez que la idea del suicidio le ronde la cabeza. La velada nocturna aún le reserva una conmoción mayor al confirmarse la peor de sus sospechas: mientras él, ausente, se rompía el alma en las calles de Nueva York, élla se arrojaba a los brazos de Bud Haas, un antiguo novio. A partir de aquí, el talento militante de Clifford Odets presenta la quiebra familiar como el corolario de la explotación laboral que sufren los taxistas por parte de la patronal metropolitana. Edna terminará convenciendo a Joe de que plantear una huelga en

pro del aumento de salarios es la única salida a la deteriorada convivencia familiar.²⁶

No sólo es Nueva York, ni siquiera especialmente Nueva York. Las calles de las grandes ciudades de Estados Unidos se llenan de hombres desempleados. Al norte, en *Massachussets*, los informes recogidos por Harry Hopkins –al frente de la Administración Federal para Ayudas de Urgencia– reflejan los perfiles de la pobreza en el invierno de 1934. La situación de los sin trabajo “es tan penosa que cualquier expresión que utilice para describirla parece histérica y exagerada. Todas las que encuentro son similares. El miedo; es el miedo lo que les conduce a un estado próximo al colapso; tienen los nervios rotos y les invade un terror sobrecogedor al futuro... No he estado en una sola casa que no me haya ofrecido el espectáculo de unos seres humanos que viven más allá de lo que sus fuerzas y su salud pueden aguantar... No pueden pagar el alquiler y les desalojan. Ven crecer a sus hijos cada vez más escuálidos y les aterra que no tengan zapatos ni abrigo que ponerse. Y se preguntan cómo conseguir carbón.”²⁷

Otro investigador social, E. Wight Bakke –autor de un anterior trabajo de campo, *The unemployed man*, sobre el paro en el barrio londinense de Greenwich– centra ahora en *New Haven* su interés por los efectos del desempleo sobre los trabajadores y sus familias.²⁸ Joseph Torrio, el matrimonio Corbin, el señor Mino, el señor Allen, el señor Goodenough, el señor Hanley, el señor Hoadley, el señor Selby, el señor Fremont, el señor Goldstein, etc., son algunos de los 18.000 desempleados que en 1934 buscan trabajo en la comunidad de New Haven. En *The Unemployed Worker* (1940) Bakke analiza el universo de la quiebra laboral: el momento del despido, la búsqueda de un nuevo empleo, la restricción de los ingresos, el recurso a formas de ayuda suplementarias, etc. En *Citizens without work* (1940) el investigador se interesa por el entramado de relaciones familiares y comunitarias del desempleado: el proceso de adaptación del parado y su entorno con los vecinos, los grupos de amigos, las instituciones religiosas, los grupos políticos y de presión, etc.

Al oeste, *Detroit* es la más afectada de las grandes ciudades. Tras una década de prosperidad, la producción automovilística, que en 1929 alcanzaba 5.337.000 unidades, desciende en 1930 al 63 por ciento (3.363.000 automóviles), en 1931 al 25 por ciento (1.332.000 unidades). Las empresas arrojan a las calles a sus empleados. La planta de Ford en River Rouge, Michigan, sigue siendo escenario de largas

²⁶ C. Odets, *Waiting for Lefty* (1935); *Esperando al zurdo*. Ed. Quetzal. Buenos Aires, 1954.

²⁷ Informe elaborado por Martha Gellhorn (10 de diciembre de 1934). Cit. James T. Patterson, *La lucha contra la pobreza en los Estados Unidos de América, 1900-1985*. M.T.S.S. Madrid. 1993, p. 55.

²⁸ E. Wight Bakke, *The unemployed worker. A study of the task of making a living without a job*. Yale University Press. 1940. Archon Books. 1969; *Citizens without work. A study of the effects of unemployment upon the workers' social relations and practices*. Yale University Press. 1940; Archon Books. 1969.

colas de trabajadores, pero ahora en airada marcha de protesta por el despido de 75.000 obreros: tres de cada cuatro trabajadores han perdido el puesto de trabajo (128.000 colocaciones en 1929 y 37.000 en agosto de 1931). La magnitud de la crisis impulsa a las autoridades de Detroit a la creación de un registro para desempleados el 25 de septiembre de 1930; apenas concluida la jornada, se han inscrito ya 19.412 parados; la cifra asciende a 46.314 al día siguiente y a 75.704 cuatro días después (la ayuda municipal es de 8.20\$ por día y persona). La pérdida de empleo es imparable. En enero de 1931 Detroit ocupa el primer puesto entre las ciudades industriales en recesión con un total de 223.568 desempleados. En la lista negra figuran a continuación Cleveland, Chicago, Búfalo y Filadelfia.

Inspirada en las difíciles condiciones de vida de la población, Victoria Spivey compone en clave de gemido *Detroit Moan* (1936), canción emblemática de los años de la Depresión:

Detroit Moan (Lamento de Detroit)
V. Spivey (1936)

Detroit es una ciudad fría, muy fría, y ni siquiera tengo diez centavos
Detroit es una ciudad dura, muy dura, y ni siquiera tengo diez centavos
Podría ir al albergue de pobres, pero Dios sabe cuánto me avergüenza.

He paseado por Hastings Street y nadie me ha tratado con buenos modales
He paseado por Hastings Street y nadie me ha tratado con buenos modales
Puedo hacerlo durante el día, pero Dios sabe qué frías son las noches.

Ya estoy harto de comer chili, y no puedo comer ya más judías
Ya estoy harto de comer chili, y no puedo comer ya más judías
La gente herirá mis sentimientos, oh Señor, puerta tras puerta.
Voy a abandonar Detroit...
Quizás regrese a casa, pero no volveré jamás a Detroit.

El recorrido por el *paraíso americano* puede concluir en la populosa e industrial *Chicago*. En 1932 cerca de 700.000 personas –el 40 por ciento de la fuerza de trabajo– están sin empleo.²⁹ El viajero alemán Egon Erwin Kisch se adentra por el miserable Floptown, un barrio de fachadas sucias y desmoronadas, de habitaciones minúsculas que sirven de alcoba a numerosos individuos, de aceras que están llenas de hombres desempleados que entierran poco a poco su esperanza de encontrar trabajo. El reportero alemán fija su mirada en un grupo de cien personas cuya actividad sólo parece consistir en pasearse esperando que alguien les ofrezca trabajo: “en esta espera pasan sus días bajo la lluvia y el frío. No faltan cerca sitios en que sentarse, pues casi todos los locales próximos están instalados como salas de espera,

²⁹ J.A. Garraty, *The American Nation*. Harper & Row Publ. New York. 1975, p. 715.

con largos bancos; pero no pueden entrar en ella sin más ni más. Son agencias de colocaciones... Sólo cuando llega a ellas alguna demanda se permite la entrada a los que esperan en la calle; se elige luego entre ellos a los más jóvenes y robustos y éstos pueden ya sentarse entonces en los bancos hasta que la agencia pone en orden su documentación o les procura una si carecen de ella. Los demás salen de nuevo a la gran sala de espera al aire libre a orillas del Chicago River, y la única distracción de que gozan es algún choque de automóviles...»³⁰

Precisamente en Chicago se desarrolla la acción de un clásico estadounidense del desempleo urbano durante los años de la Depresión: *El día del juicio* (1935) de James Thomas Farrell, título que culmina la trilogía dedicada a la trayectoria vital de Studs Lonigan.³¹ La historia del joven católico Studs Lonigan y de sus amigos de pandilla de la calle 58 es un mero trasunto de los Estados Unidos de entreguerras.

Durante su adolescencia en los años veinte, Studs representa la América despreocupada de los años locos: sueña con la imagen del triunfador y trata de emular a Lindbergh, a los jugadores de fútbol o a las estrellas del cinematógrafo; su cuerpo se entrega a los excesos del juego, el alcohol y el sexo; su trabajo como aprendiz de pintor en el negocio familiar le permite incluso adquirir acciones de Bolsa a la espera de un rápido beneficio. Sin embargo, desde 1929 la suerte le vuelve la espalda al protagonista. El declive del joven Studs y de sus amigos de pandilla en *El día del juicio* simboliza la quiebra de Chicago y de Estados Unidos. Lonigan personifica la América derrotada en su fracaso físico (una neumonía le transforma en un enfermo cardíaco crónico), fracaso económico (pérdida de los ahorros invertidos en Bolsa), fracaso laboral (la quiebra de la empresa familiar le arroja a la ociosidad) y fracaso personal (futura paternidad irresponsable).

El negocio de los Lonigan —contrata de obras de pintura— no da para más y Studs se pasa la mayor parte del día sin hacer nada. Muy parecida es la situación de sus compañeros más íntimos. Lejos están los días de despreocupación y de alborotos en las calles y los salones de billar. Uno por uno, los muchachos de la calle 58 reconocen su desengaño. Pat trabaja como plomero con su padre pero “apenas estamos ocupados un día o dos por semana. Además, hoy cuesta un verdadero triunfo cobrar cualquier trabajo, una vez hecho. Mi viejo se pasa el día quejándose, pero con mucha razón”. Bryan entona el mismo lamento porque trabaja pero es como si no trabajase: “me han reducido el sueldo a quince dólares por semana y mi padre lloriquea todo el día para convencerme de que está arruinado.” Por su parte, Allison se mostraría más que satisfecho si consiguiera un trabajo que le proporcionara algo

³⁰ E. E. Kisch, *El paraíso norteamericano*, op. cit., pp. 120-121.

³¹ J. T. Farrell, *Young Lonigan*. The Vanguard Press. New York, 1932; *The Young Manhood of Studs Lonigan*. The Vanguard Press. New York, 1934; *Judgment Day*. The Vanguard Press. New York, 1935. *La trilogía de Studs Lonigan*: I. *Al Sud de Chicago*. Santiago Rueda Ed. Buenos Aires, 1947; II. *Studs Lonigan*. Luis de Caralt Ed. Barcelona, 1963; III. *El día del juicio*. Santiago Rueda Ed. Buenos Aires, 1949.

de dinero; día tras día, persigue sin éxito un empleo en Chicago: “confieso que he gastado todos los adoquines del Loop buscando trabajo, hasta que ya los pies se me habían puesto del tamaño de dos melones y pedían a gritos un buen baño de agua y de sal, y un sillón para no tener que caminar más de un siglo. Y lo único que conseguí, con semejante maratón, fue unas cuantas palabras muy amables, invitándome a que me fuese al diablo. Aunque no está muy bien que yo lo diga, si no trabajo no me siento bien...” En estas condiciones no puede sorprender que Steve O’Grady, el más ocioso de la banda –siempre había preferido el sudor de la playa al de la oficina o la fábrica–, no sienta necesidad alguna de sacudirse el polvo e ir al centro en busca de trabajo “al ver que tantos de vosotros os habéis enrolado en el interminable ejército de los desocupados.”

James Thomas Farrell se sirve del deambular de Lonigan por las calles de la ciudad para mostrar los perfiles de la Depresión en Chicago. Studs bordea el edificio de una fábrica, cuadrado, ennegrecido por el hollín. Sus chimeneas cilíndricas no echan humo, los vidrios de las ventanas están sucios y muchos de ellos rotos: “¡Una fábrica cerrada!, exclama perplejo. Aquello significaba hombres sin trabajo, maquinarias que se estarían oxidando, personas que habían invertido allí su capital y que ahora lo tenían inactivo o lo perderían por completo.” Poco después, en la calle Randolph una voz aguardentosa le requiere: “Oiga, muchacho. Acabo de llegar de afuera y no tengo un centavo ni trabajo. Llevo unos cuantos meses sin encontrar empleo, y tengo hambre.” Ante el silencio del joven, el mendigo insiste: “¡Cristo, muchacho! No pido una fortuna, sino una moneda para poder tomar una taza de café con leche caliente. ¡Tengo hambre! ¡Usted no sabe lo que es eso!”

Un abatido Lonigan pasa frente a la Biblioteca Pública. Observa allí a un hombre con gorra y guardapolvo que vende manzanas y muestra a los transeúntes un letrero con la inscripción “ingeniero que no encuentra empleo”: “no tendría tanta importancia si se tratase de un tipo sin cultura, medita Studs, ¡pero todo un universitario!... me parece imposible que un hombre así no pueda encontrar ocupación.” Sin apenas sobreponerse, contempla ahora las caras de un grupo de desempleados que, reunidos a la entrada, se cobijan de la lluvia bajo el cubierto pórtico: “todos ellos tenían una expresión vacía, opaca. Parecían seres desesperanzados y vencidos, semidormidos sobre sus pies. Escoria humana.” El desfile de los desheredados de la fortuna no ha hecho más que empezar. De repente, la calle se llena de los gritos y las exclamaciones de una especie de manifestación. Una larga procesión de hombres y mujeres pobres, sin trabajo, mal vestidos y mal nutridos, agita letreros escritos con toscas letras de molde sobre madera o cartón y clavados en largos palos. En ellos el joven Lonigan puede leer: ¡Exigimos el seguro contra el desempleo! ¡Cómo puedo trabajar, cuando nadie me da trabajo!, ¡Queremos pan, no balas!

Como millones de norteamericanos desempleados, Studs Lonigan emprenderá entonces una desesperada búsqueda de trabajo que le lleva a rellenar inservibles cuestionarios o a malgastar el tiempo en innumerables entrevistas personales. Loni-

gan sucumbe finalmente a los rigores de una neumonía en el Chicago descrito por James Thomas Farrell: el Chicago de los cierres industriales y las quiebras bancarias, del desempleo masivo y la ruina de los ahorradores, de los desahucios de los inquilinos morosos y las marchas de hambre de los parados.

Las dificultades para capturar los temores y los miedos de los desempleados que buscan trabajo en los mercados de esclavos y comida en los establecimientos asistenciales son aún mayores cuando se trata de valorar la presencia del “hobo”, “tramp”, “vagrant”, “stiff”, en general nómadas y vagabundos de la Depresión, que atraviesan el país en todas direcciones a pie y/o como polizones en los trenes de la Pennsylvania, Atchinson, Great Northern, Union Pacific y Southern Pacific. La visión que James Mickel Williams ofrece de estos viajeros forzosos recuerda las imágenes descritas por Daniel Guérin sobre las Wild-Frei o bandas juveniles de Berlín y por André Malraux a propósito de los bezprizorni de la Rusia soviética³²: “la mayoría tiene probablemente entre dieciséis y veintiún años, aunque muchos sean más jóvenes... algunos carecen de hogar, pero la mayoría se fueron de sus casas, insoportables por el paro... algunos de estos muchachos se encuentran en la carretera desde hace año y medio, sin haber podido encontrar trabajo y sin haber recibido autorización para permanecer en un lugar por más de veinticuatro horas.”

Los vagabundos del hambre suben a los trenes de mercancías en marcha, se apiñan entre los vagones o encima de ellos, y descienden de los trenes en marcha para no ser descubiertos por el personal ferroviario (en 1932 los agentes de la Southern Pacific expulsaron a 683.457 intrusos de los trenes de la compañía). Las noches transcurren entre los bancos de los parques públicos, los jergones que proporcionan los establecimientos asistenciales, los graneros de cualquier granjero compasivo, las prisiones locales o los improvisados campamentos (jungles) donde se reúnen los hobos para compartir sus carencias. Durante la travesía de estado en estado van cambiando las prioridades de los nómadas: el deseo de encontrar trabajo es arrinconado por la apremiante necesidad de hallar comida, de vivir el día a día, pues no existe el mañana. Miles de muertos de hambre serán contratados desde abril de 1933 por la administración Roosevelt en el programa Civilian Conservation Corps de lucha contra el desempleo de jóvenes entre 17 y 27 años. La ejecución de trabajos públicos (construcción y conservación de carreteras, plantación de árboles, lucha contra el fuego, cableado telefónico, etc.) absorberá las energías de 500.000 jóvenes en los campos de 1935.

La súbita presencia al borde del camino de uno cualquiera de los cientos de miles de vagabundos que atraviesan el continente cierra de manera simbólica la trilogía U.S.A. de John Dos Passos. *El gran dinero* (1936) concluye con la irrupción del joven vagabundo que se apresta a un viaje sin rumbo; en la cuneta de una

³² J. M. Williams, *Human aspects of unemployment and relief, with special reference to the effects of the Depression on the children*. University of North Carolina Press. 1933, p. 27. Cit. J. Heffer, *La gran depresión, op. cit.*, p. 248.

carretera cualquiera, sostiene en una mano la gastada maleta de cartón-cuero mientras con el pulgar de la otra mano en alto describe un leve arco al paso de automóviles y camiones. Este joven nómada ha dejado atrás los sueños de una casa propia, los guiños de las estrellas cinematográficas en las pantallas, los susurros de las cantantes de la radio, las ganancias millonarias reservadas a todo espíritu emprendedor en Estados Unidos... Ahora, mientras las manos sin trabajo se entumecen al borde del camino, el vagabundo se marea, “el hambre le retuerce el estómago. Se ha despellado un dedo a través de un agujero del calcetín; los pies le duelen en los zapatos rotos; bajo el traje, prolijamente cepillado con la mano, los calzoncillos rotos producen una impresión desagradable, la sensación de haber dormido con la ropa puesta; en la nariz le queda el olor rancio de las ruinas de los hombres desilusionados y amontonados en los campamentos del camino, el hedor a desinfectante de la cárcel; en los pómulos salientes el rojo de la vergüenza producida por los ojos inquisidores de los agentes y guardias...”³³

El universo del vagabundo inunda narraciones como *Un camino de leche y miel: manual de vagabundos* (1931) de “Stiff Dean” (pseudónimo de Nels Anderson), *Perdedores natos* de Edward Dahlberg (1930), *Vagabundos y vagabundas de América* de Thomas Minehan (1934), *Alguien con las botas puestas* (1935) de Nelson Algren, *Hermana del camino* de Box-Car Bertha (1937), etc. No obstante, quizás sea *Waiting for nothing* (1935) del hobo Tom Kromer la expresión más contundente de la quiebra humana y material de quienes recorren desesperanzados el país de las oportunidades.³⁴

Thomas M. Kromer carga desde su infancia en Virginia el peso de la pobreza. Nieto de minero muerto en una explosión de grisú, hijo de minero reconvertido en soplador de vidrio hasta que el cáncer trunca su vida a los cuarenta años, Thomas Kromer se costea los estudios con trabajos en la fábrica de vidrio y como corrector de periódicos. Maestro durante dos años en aldeas perdidas entre las montañas, la Depresión desvanece definitivamente sus esperanzas de futuro y le arroja al camino. El destino, Kansas. Con veintitrés años Kromer encarna al joven vagabundo de Dos Passos: “Comencé haciendo auto stop, pero al término de un día sin éxito subí a mi primer vagón de mercancías. Desde aquella ocasión... ya no les he contado. Por esa época los trenes me llevaban siempre en la dirección que yo quería, simplemente, al oeste o al este. Pero en Kansas ya no encontré trabajo pues los cosechadores habían salido sin mí. Fue entonces cuando experimenté por vez primera lo que es el ham-

³³ J. Dos Passos, *U. S. A.: I. The 42nd parallel. II. Nineteen nineteen. III. The big money*. Random House. New York, 1937; *El Gran Dinero en Novelas* (I). Ed. Planeta. Barcelona, 1959, pp. 1729-1732.

³⁴ N. Anderson, *The milk and honey route; a handbook for hobos*. The Vanguard Press. New York, 1931; E. Dahlberg, *Bottom Dogs*. Simon and Schuster. New York, 1930; T. Minehan, *Boy and girl tramps of America*. Farrar and Rinehart. New York, 1934; N. Angren, *Somebody in boots, a novel*. The Vanguard Press. New York, 1935; *Sister of the road: the autobiography of Box-Car Bertha as told to Dr. Ben L. Reitman*. The Macaulay Company. New York, 1937; T. Kromer, *Waiting for Nothing*. Constable & Co. London, 1934.

bre. Fue también cuando mendigué por primera vez.”³⁵ Comienza así el peregrinaje que durante casi cuatro años llevará a Tom Kromer de Kansas a California, de California hasta Nueva York o Washington, y de nuevo vuelta a California. Cuatro años de mendigar empleos y limosnas, cuatro años de hambre y de marginación social.

Día tras día, semana tras semana, Tom Kromer encuentra las mismas reacciones hostiles. Un vagabundo es un sospechoso, un delincuente. Mendiga en la calle y los transeúntes le recriminan su holgazanería o le reprochan que no busque trabajo. Suplica un empleo en cualquier establecimiento y el propietario le recuerda que son tiempos de crisis y que él mismo ha despedido a sus empleados, cuando no le expulsa del local a puntapiés harto de la plaga de hobos que invade la ciudad. Ruega al policía de turno que le deje pasar la noche en la cárcel y el oficial le contesta que la prisión no es un hotel y le aconseja que emprenda de nuevo viaje por la carretera. Encuentra por fin acomodo en un cobertizo abandonado para cobijarse de la tormenta y otro policía le arresta y le conduce hasta el juez. “Señoría –alegrará en su defensa el detenido–, como muy bien sabe usted, el país está inmerso en una crisis que afecta al desempleo. Pero hay tres requisitos esenciales para asegurar la existencia de un hombre, sea éste civilizado o salvaje. Estas condiciones son la alimentación, el vestido y el alojamiento. Sólo la necesidad nos empuja a la mendicidad o al crimen. Es inevitable, Señoría, que optemos por una u otra alternativa. Por eso mismo, antes que degradarnos recurriendo al robo, nos vemos obligados a mendigar nuestra comida. También debemos dormir. Es necesario, Señoría, que durmamos en alguna parte. Si hace bueno, pasamos la noche en los parques públicos. Pero anoche llovía. Los parques estaban empapados y el cobertizo en cuestión estaba vacío. No lo allanamos. No teníamos otra elección. Debemos dormir y no podemos dormir bajo el aguacero.” De poco sirven las explicaciones de Kromer. El juez le impone sesenta días de prisión o el pago de cien dólares. El vagabundo pasará los dos próximos meses a la sombra, en la cárcel de Occoquam.

Con el hambre por compañía, Kromer vive las experiencias más diversas. Está dispuesto a todo. Un día acepta relaciones con un homosexual travestido –el singular Mister Carter– a cambio de comida y techo por una noche. Otro día planea atracar un banco para acabar con su miseria, pero en el momento decisivo, ante el cajero, se siente paralizado y termina huyendo de la policía y de su propia vergüenza. Hace cola en las misiones a la espera de una sopa popular infame que contiene todo tipo de elementos extraños, hasta botones de abrigo. Aguanta sermones sobre la necesidad vital de Jesús tan interminables como las pláticas contra el imperio de los valores materialistas en la civilización contemporánea. Presencia la muerte de los colegas más inexpertos en la técnica de coger en marcha un tren de mercancías y el suicidio de los más desesperados. Recorre las *jungles* de vagabundos, tumbas de hambrientos, cementerios de vivos, entre montones de basuras, piojos que acribillan y ratas que muerden. Y mientras el vagabundo se muere de hambre las locomotoras

³⁵ T. Kromer, *Waiting for Nothing*. A.A. Knopf. New York, 1935.

quemar trigo por ser un combustible más barato que el carbón. “Dios no existe, concluye Tom Kromer. Si Dios existe qué sentido tiene toda esta miseria? ¿Qué crimen han cometido estos hombres para estar condenados a vivir como las ratas en un muladar? ¿Por qué permite que vivan como ratas en un muladar?”

El vagabundo del hambre encuentra por fin un trabajo en mayo de 1933, gracias al programa *Civilian Conservation Corps* de lucha contra el desempleo juvenil. De campamento en campamento, Kromer recorre Fort Macarthur, Camp Halls Flat, Camp Skull Creek y, finalmente, Camp Murphys en el norte de California. Es entonces cuando el ex hobo Tom Kromer dispone del tiempo necesario para poner en orden su memoria: “Trato de repasar los años que he vivido. Me es imposible desprenderme del presente. Sólo recuerdo los trenes en los que me he desplazado, los colegas que me han ofrecido tabaco y los figones de las misiones en las que he comido. De las personas que he conocido no recuerdo a ninguna, todas han desaparecido, todas han salido de mi vida. Mi propia familia, incluso mi madre, ha sido borrada de mi mente por la omnipresencia de trenes y de vagones en las largas y frías noches. Cuanto me haya sucedido antes ya no existe. He malgastado mi vida antes de comenzar a vivirla.” Tales son las reflexiones de Tom Kromer entre los ronquidos de un millar de hombres que ocupan el dormitorio del campo de trabajo.